

CONCEPTUACIÓN DE LA MATERNIDAD EN LOS TRABAJOS DE SILVIA TUBERT

Isabel Martínez Benlloch

Universitat de València

Buenos días, en primer lugar quiero agradecer, sobre todo a Margarita López Carrillo y a Asunción González de Chávez, haberme invitado a presentar los trabajos, sobre la maternidad, de la Dra Silvia Tubert – nuestra querida amiga y maestra-. El abordaje teórico de esta cuestión incluye tanto la constitución de la feminidad como de la sexualidad femenina, en suma, incluye los elementos fundantes de la subjetividad femenina.

Quiero manifestaros que este encargo, este reconocimiento y homenaje al trabajo de Silvia así como el respeto a su memoria, me ha producido sentimientos encontrados, por un lado la satisfacción de poder mostrar, sobre todo a las personas que no conocéis sus aportaciones; la coherencia, rigor e interés de los textos de Silvia, pero por otro, me ha incrementado el dolor por su pérdida, cuesta elaborar el duelo.

Silvia Tubert, tanto en sus trabajos, teóricos y clínicos, como en su persona, mantuvo una exigencia ética que la llevo a intentar (intento que consiguió con creces) articular las aportaciones de la teoría psicoanalítica y del feminismo teórico. La interdicción de ambas teorías críticas le ha permitido desvelar las trampas de los discursos dominantes y constatar la influencia que tanto el feminismo como el psicoanálisis han tenido, y siguen teniendo, en la deconstrucción del sujeto y fundamentalmente en el desvelamiento del carácter ideológico de las representaciones de la identidad femenina y de la idealización de la maternidad, lo que ha posibilitado la transformación hacia paradigmas nuevos. Su trabajo es puntero en lengua española y somos muchas deudoras de él.

Como afirma Silvia en su libro: Deseo y representación. Convergencias de psicoanálisis y teoría feminista “el psicoanálisis proporciona explicaciones acerca de cómo un sujeto que es al mismo tiempo de naturaleza corporal y social, simbólica y real, llega a ser, cambia y sin embargo permanece a través del tiempo. Investiga igualmente la naturaleza, constitución y límites del conocimiento y las articulaciones entre el deseo y el poder. A pesar de que la obra de Freud es compleja y está atravesada por ambigüedades, antinomias y paradojas, (...) proporciona una explicación de la configuración del sujeto como un proceso que articula las

dimensiones corporal, intrapsíquica, intersubjetiva e histórico-social.”(2001,42)

Asimismo, afirma, (...) con respecto a las teorías feministas (...) “uno de sus objetivos fundamentales es analizar la diferencia entre los sexos (...) cómo se establece, se experimenta, se percibe y se conceptualiza. Esto supone el estudio de la situación de la mujer y el análisis de la dominación masculina en la sociedad patriarcal, explorando los aspectos de la sociedad y la cultura que han sido suprimidos, desarticulados o negados por los puntos de vista dominantes. El concepto de poder, para las feministas, incluye las relaciones asimétricas entre los sexos: la dominación masculina existe en cualquier sistema en el que los hombres como grupo oprimen a las mujeres como grupo aun cuando existan jerarquías entre los hombres y entre las mujeres. Esta relación de dominación y la diferencia entre los sexos como sistema socialmente construido han sido ocultadas de muchas maneras distintas que incluyen la definición de las mujeres como “cuestión femenina”, “el sexo” o “el otro” en tanto se considera al hombre como ser universal de la especie, cuya razón –a diferencia de la de la mujer- es libre o no está determinada por su identidad sexual.”(2001,43)

Enmarcar el entramado conceptual en el que Silvia Tubert desarrolla su pensamiento en torno a la maternidad, es fundamental para su comprensión. Por ello, asumir que el significado simbólico que damos a nuestro cuerpo ocupa un lugar central en el sentido de nuestra identidad y dignidad personal, que nuestros "yoes", nuestras identidades, están inextricablemente contenidos en nuestros cuerpos y en lo que hacemos con ellos, implica que la preservación y privacidad del cuerpo sea garantía de respeto al sujeto, porque el cuerpo, no es sólo una mera representación anatómica sino que abarca otros registros, como el de ser soporte del narcisismo y encarnación simbólica del sujeto deseante. Registros que son fundamentales en la constitución de la subjetividad.

Por tanto, en la trama de la interpretación socio-histórica y simbólica que se realiza de la diferencia anatómica los sujetos nos incardinamos y establecemos la diferencia entre el 'yo' y la 'alteridad'. Por ello, será en el deslizamiento del sexo -desde las instancias biológicas a un espacio de posibles delimitado por la cultura- donde se intercale el género y se articule el orden de las representaciones, que actuará tanto en la sexualidad –es decir, en la elección de objeto- cuanto en la identidad de género -la interiorización del sistema de creencias relativo a la diferencia sexual en la que se sustentan las relaciones de poder entre los sexos y la

posición maternal de las mujeres-, Este deslizamiento, permitirá al sujeto actuar no sólo por la herencia que le impone su código genético sino por un saber aprehendido y transmitido en la cultura, lo que le posibilita individuarse en la forma de combinar simbólicamente el deseo.

El cuerpo sexuado fundamenta así las afirmaciones normativas sobre el orden social,-hecho que lo politiza-. La diferencia sexual marca un destino diferencial que está determinado por la significación que el patriarcado le impone y, en consecuencia, constriñe las acciones y estrategias personales. Esta ordenación social no sólo es una astucia de la cultura que opera en la dirección de la reproducción de la especie, sino que, fundamentalmente, es un mecanismo que instaura relaciones asimétricas de poder que, en cada momento histórico, delimitan y definen las posiciones de los sujetos en función de su sexo. Posiciones que favorecen la legitimación y jerarquía social del género e inciden en las condiciones de posibilidad subjetiva, es decir, en alcanzar el estatuto de ciudadanía, por tanto repercuten en el acceso a la individuación, o sea, al saber, al disfrute de los recursos y a la autonomía.

En consecuencia, la diferencia anatómica se convierte en desigualdad, en inferioridad ya que a pesar de que la diferencia en si misma no debe justificar ningún tipo de valoración, el sistema patriarcal al introducir la distinción entre la lógica de producción y la lógica de reproducción -sus lógicas de la complementariedad y de la división sexual del trabajo-, facilitó que las diferencias sexuales se cargaran de valor y, en consecuencia, se convirtieran en características esenciales de los sujetos a fin de poder justificar la discriminación.

Por todo lo expuesto, los cuerpos están a la vez sujetos a un sistema genérico, a un deber ser, y a una sexualidad, a una manera de usar ese cuerpo sexuado en la relación con los otros, lo que implica que por la acción sociocultural el cuerpo sexuado, se sexualiza. El cuerpo, como realidad social y subjetiva, es un producto social y un productor de sentido. Esta doble dimensión nos obliga a tomar en consideración el peso de lo social en la conformación individual. No obstante, pese a las formas hegemónicas de masculinidad y feminidad, éstas son asumidas de manera compleja por sujetos individuales y, por tanto, lo subjetivo incluye la forma individual en que el dato biológico es simbolizado en el inconsciente

Abordar la cuestión de la diferencia entre los sexos, de nuestra condición de sujetos sexuados, lleva tanto a cuestionar discursos patriarcales como a aportar herramientas teóricas que incidan tanto en la comprensión de la

construcción simbólica, histórica y social de "la mujer y la feminidad" y, en consecuencia, a la mistificación de la maternidad, como en la transformación de las diversas disciplinas científicas.

Además, como afirma Silvia Tubert: *"La producción simbólica que (...) forma parte importante de la teorización feminista, así como del psicoanálisis teórico y clínico, requiere sostener la diferencia lingüística entre sujeto del enunciado y sujeto de la enunciación: el cuestionamiento de los enunciados sobre la mujer y la feminidad supone colocarla en el lugar del sujeto de la enunciación, que no queda nunca definido del todo, puesto que siempre se puede –y se debe- seguir hablando. Esto significa que es necesario salir de la cárcel de los significados construidos para abrir el discurso a la dimensión de la significancia; no aceptar el sentido fijo que se convierte necesariamente en sentido religioso –como en el caso del eterno femenino- sino poner el acento en la interminable búsqueda del sentido: qué significa ser mujer, cuáles son los deseos del sujeto femenino, tanto en lo que concierne a la pluralidad y diversidad de los casos singulares como a la producción de lo imaginario colectivo".*(2001,123).

En esta trama de relaciones se sitúa la aportación teórica de Silvia acerca de la subjetividad femenina y, como es evidente, de la maternidad. Gayle Rubín en 1975 en su ensayo "El tráfico de mujeres: Notas sobre la "economía política" del sexo", planteó: *"Un sistema de sexo/género es el conjunto de disposiciones por el que una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana, y en el cual se satisfacen esas necesidades humanas transformadas"*. Es decir, el imaginario social, producto de la articulación de lo simbólico y lo real construye fantasías que ponen en juego el deseo de los sujetos que las generan y este imaginario social rezuma ideología.

A fin de cuestionar estos espacios subjetivos y sociales derivados de la conformación del sistema sexo/género y superar la posición esencialista del sujeto "mujer", Silvia Tubert en su ensayo "La construcción de la feminidad y el deseo de ser madre" plantea que hablar de "la construcción de la feminidad" comporta rechazar de antemano cualquier concepción que otorgue a la mujer una entidad natural radicalmente diferente del hombre. Además, ella, al igual que Jane Flax, mantiene que *"así como el hecho de sustituir la "cuestión femenina" por el análisis de las relaciones de género representó un avance para el discurso feminista, podría darse otro paso adelante reemplazando el problema de la relación entre sexo y género por el de la corporalidad"*. (2001, 81).

Para desarrollar su propuesta teórica Silvia recurre a los textos freudianos sobre sexualidad infantil con el objetivo de mostrar la profunda articulación que existe entre la estructuración de la feminidad y la cultura. Afirma que: *"masculinidad y feminidad no son puntos de partida sino de llegada, nunca suficientemente asegurados, que se estructuran a través del pasaje por el complejo de Edipo en la fase fálica u organización genital infantil"* (2001, 69)

Por mi parte, para dar cuenta de la conceptualización que Silvia hace de la maternidad voy a recurrir a sus textos e intentar dar voz a sus palabras. Para ello, a partir de este punto, pretendo realizar un recorrido en sus textos con la intención de enlazarlos y construir un discurso que de cuenta de la complejidad del deseo de ser madre y de la necesidad de elaborar una conceptualización del sujeto "mujer". Como ya he dicho, transmitiré textualmente aportaciones de su extensa bibliografía. Me voy a apoyar, básicamente, en los siguientes textos:

- La sexualidad femenina y su construcción imaginaria. Madrid: El Arquero. 1988.
- Mujeres sin sombra. Maternidad y tecnología. Madrid: Siglo XXI. 1991.
- La construcción de la feminidad y el deseo de ser madre. En: Asunción González de Chávez, *Cuerpo y subjetividad femenina* pp 45-70. Madrid: Siglo XXI. 1993
- Figuras de la madre.(Introducción).En: Silvia Tubert (ed.) *Figuras de la madre*. pp 7-37. Madrid: Cátedra. Colección Feminismos 1996
- Deseo y representación. *Convergencias de psicoanálisis y teoría feminista*. Madrid. Síntesis. 2001

"La mayor parte de las culturas, en la medida en que se trata de organizaciones patriarcales, identifican la feminidad con la maternidad. A partir de una posibilidad biológica –la capacidad reproductora de las mujeres- se instaura un deber ser, una norma, cuya finalidad es el control tanto de la sexualidad como de la fecundidad de aquellas. No se trata de una legalidad explícita sino de un conjunto de estrategias y prácticas discursivas que, al definir la feminidad, la construyen y la limitan, de manera tal que la mujer desaparece tras su función materna, que queda configurada como su ideal.

(...) Desde una perspectiva feminista se ha puesto de manifiesto que la ecuación mujer=madre no responde a ninguna esencia sino que, lejos de ello, es una representación o conjunto de representaciones-producida por la cultura. (...) La maternidad es un conjunto de fenómenos de una gran

complejidad (...) y su construcción histórica como equivalente a la reproducción de la especie y como único sentido de la existencia femenina entraña una doble falacia: por una parte, puesto que la categoría de madre no agota totalmente a la de mujer y, por otra parte, la maternidad no incluye la totalidad de la reproducción, en tanto la fecundidad de la mujer sólo se actualiza por la intervención del principio biológico masculino.

Pero, además de las condiciones biológicas de la reproducción sexuada, las condiciones sociales, económicas y políticas de la reproducción de la vida social configuran también la función materna: la división sexual del trabajo propia de toda estructura patriarcal –o al menos de la mayoría- establece que las mujeres además de la concepción, gestación, parto y lactancia, se ocupen casi en exclusiva de la crianza de los niños que, por otra parte, no es reconocido como trabajo social.

Asimismo, el orden simbólico de la cultura crea determinadas representaciones, imágenes o figuras atravesadas por relaciones de poder, de modo que el orden dominante es el resultado de la imposición de unos discursos y prácticas sobre los otros. (...) En la medida en que se impone una voz –definición, representación, ideal- que anula la expresión de otras voces que quedan subordinadas, tal como lo están las prácticas sociales de las mujeres, se establece el monopolio de la producción de sentido, se codifica el significado de características anatómicas y funciones biológicas que, en sí mismas, no significan nada.

Por consiguiente, las representaciones o figuras de la maternidad, lejos de ser un reflejo o un efecto directo de la maternidad biológica, son producto de una operación simbólica que asigna una significación a la dimensión maternal de la femineidad y, por ello, son al mismo tiempo portadoras y productoras de sentido. (...) Las representaciones que configuran el imaginario social de la maternidad tienen un enorme poder reductor, en la medida en que todos los posibles deseos de las mujeres son sustituidos por uno: el de tener un hijo; y un poder unificador, en tanto la maternidad crearía una identidad homogénea de todas las mujeres que potencia la ilusión de la esencia

El deseo de hijo no corresponde a la realización de una supuesta esencia femenina sino que es propio de una posición a la que se llega después de una larga y compleja historia en la que el papel fundamental corresponde a las relaciones que la mujer ha establecido en su infancia con sus padres, tanto en el plano de la triangulación edípica como en el de la identificación especular con la madre. El deseo de hijo (...) se ha generado en el marco de

unas relaciones intersubjetivas, resultado de una operación de simbolización por la cual el futuro niño representa aquello que podría hacerla feliz o completa. La aspiración a la plenitud deriva de la constatación de que no somos una unidad, puesto que el sujeto humano es múltiple y complejo, adolece de incoherencias y contradicciones que lo escinden, ni tampoco es una totalidad, puesto que es imposible no carecer de algo.

Frente al ideal de plenitud y perfección originado en el narcisismo infantil, para el que el propio yo es un yo ideal, el reconocimiento de la falta impuesto por el yo real conduce al sujeto a anhelar aquello de lo que carece, es decir, a configurarse como un sujeto deseante. Al mismo tiempo, lo lleva a asumir como propios los ideales que la cultura propone como respuesta a los interrogantes que lo acucian: ¿Quién soy? ¿Qué significa ser una mujer? ¿Qué desea una mujer (o un hombre)?

Pero, además, el ideal de la maternidad (...) no da lugar a las posibles diferencias individuales con respecto a lo que se puede ser y desear. La identificación con ese ideal permite acceder a una identidad ilusoria, que nos proporciona una imagen falsamente unitaria y totalizadora que confiere seguridad ante nuestras incertidumbres y angustias. (...) La definición de la identidad femenina en función del ideal maternal es mistificadora en tanto esa respuesta impide la formulación de todo interrogante y ofrece la ilusión de ser que aliena al sujeto, encubriendo las carencias que harían posible el deseo. De ahí la necesidad de deconstruir los ideales, que obturan ilusoriamente la singularidad del sujeto, para abrir un espacio donde se pueda situar la maternidad en relación a la dimensión del deseo –de la multiplicidad de deseos- opuesta a una identidad que no puede sino ser mítica

Al mismo tiempo, la identificación de la maternidad con la generación biológica niega que lo más importante en la procreación humana no es el proceso de concepción y gestación sino la tarea social, cultural, simbólica y ética de hacer posible la constitución de un nuevo ser humano.

(...) Si bien hablamos de una maternidad asumida por la mujer como sujeto deseante, no podemos ignorar que la gestación requiere la aceptación de una posición de pasividad frente al desarrollo embrionario y fetal. El ejercicio de la maternidad supone la articulación del cuerpo en la cultura: la autonomía del cuerpo femenino se encuentra limitada en su singularidad cuando su cuerpo pasa a ser el lugar del origen de otro ser humano; el dominio sobre el propio cuerpo –la maternidad voluntariamente elegida-, a su vez, se halla limitado en tanto aquél ha sido

construido como cuerpo significativo por las prácticas y discursos dominantes en la sociedad, a través del lenguaje y de los vínculos sociales.

(...) Aunque el deseo de hijo se presente con frecuencia como una elección consciente, relativa a los ideales sociales y familiares de cada sujeto, este proyecto es siempre portador de significaciones inconscientes que habrán de tomar cuerpo en el niño por nacer: el hijo llega a la existencia en el seno de una red de representaciones preexistentes, reguladas por la tendencia repetitiva del inconsciente, que lo inviste de las vicisitudes libidinales de la historia de sus padres (quienes siguen siendo, desde este punto de vista, hijos) y de su forma de asumir la diferencia entre los sexos.

(...) El proyecto consciente de la maternidad se apoya en la doble vertiente inconsciente del deseo edípico y de la relación de identificación narcisista con la madre que, según haya sido la historia infantil de la mujer en cuestión, configuran, enriquecen o perturban la relación con el hijo. (...) La representación de la maternidad, en sus múltiples variantes, se sitúa en el punto de articulación entre el deseo inconsciente –en cuyo origen se encuentra, precisamente, la madre-, las relaciones de parentesco en unas condiciones histórico-sociales determinadas y la organización de la cultura patriarcal.

En consecuencia, (...) La maternidad no es puramente natural ni exclusivamente cultural; compromete tanto lo corporal como lo psíquico, ya sea consciente o inconsciente; participa de los registros real, imaginario y simbólico. Tampoco se deja aprehender en términos de la dicotomía público-privado: el hijo nace en una relación intersubjetiva originada en la intimidad corporal pero es, o ha de ser, un miembro de la comunidad y, por ello, el vínculo con él está regido también por relaciones contractuales y códigos simbólicos.

La maternidad.....es una función construida como natural y necesaria por un orden cultural y contingente: si bien el cuerpo materno tiene una realidad biológica, carece de significación fuera de los discursos sobre la maternidad. La madre, más allá de las diferencias entre sus innumerables representaciones, suele encarnar el misterio de los orígenes, de lo impensable, de lo que excede a la racionalidad. Esto explica el carácter contradictorio y ambivalente que revisten sus figuras –polarizadas en el hada buena y la bruja malvada- y también su función defensiva por cuanto protegen de temores o realizan los deseos de quienes las elaboran y transmiten. Esta construcción cultural de la maternidad como símbolo puede encubrir la sujeción del cuerpo femenino, tanto a su propia

materialidad y finitud como a las relaciones de poder que establecen las condiciones de su existencia.”

Pero, ¿cómo se construye el deseo de “ser madre” a partir de la construcción de la feminidad y, en consecuencia, la analogía mujer=madre. Para dar cuenta de este proceso, como se ha expuesto, Silvia Tubert recurre a los textos freudianos y, en concreto, a sus aportaciones sobre la sexualidad infantil y la feminidad. Ahora bien, apela a Juliet Mitchel para aclarar que *“el análisis freudiano de la sexualidad femenina y de la feminidad no debe entenderse como una justificación del lugar que ocupan las mujeres en el sistema patriarcal, sino como una descripción de las consecuencias inevitables que las relaciones sociales patriarcales tienen en la conformación de la subjetividad”* (2001, 83).

A continuación, vuelvo a dar voz, únicamente, a los textos de Silvia Tubert.

Silvia plantea que: *“Para estudiar la organización tanto de la sexualidad femenina como de la definición de la feminidad, desde la perspectiva psicoanalítica, comenzaré por la consideración de los desarrollos freudianos sobre la sexualidad infantil, especialmente en lo que respecta a las diferencias entre los niños de ambos sexos. (1993; 45 y ss)*

Freud al introducir la noción de la fase fálica en “la organización genital infantil” reconoce la existencia de una verdadera organización de la sexualidad en la infancia, próxima a la del adulto. (...) La diferencia fundamental entre esta organización genital infantil y la adulta consiste en que para ambos sexos sólo tiene importancia un genital, el masculino. Además, (...) el falo es algo diferente del pene, de una fantasía, de una imagen; podría definírsele como la creencia en la universalidad del pene, como el persistente desconocimiento de la diferencia de los sexos. Este falicismo configura para Freud una fase del desarrollo libidinal, que habrán de atravesar los niños de ambos sexos. La primacía del falo no es la de un órgano, sino la de la creencia del niño en este momento del desarrollo. Por tanto, no hay una primacía genital, sino una primacía del falo: de ahí la denominación de fase fálica.

La temática fálica nos introduce en el campo de las fantasías, de los objetos ilusorios: puede faltar donde hay o haber donde no hay. Queda claro que el complejo de castración resulta de la confrontación entre un dato perceptual (situación de hecho) y una teoría sexual infantil (situación de derecho). De la confrontación de la premisa fálica con la diferencia de los sexos resulta el complejo de castración. (...) Ahora bien, Freud mantiene que la libido no tiene sexo, que la sexualidad infantil es indiferenciada y que la diferencia habrá de establecerse con la sexuación. (...)

La eficacia estructurante del complejo de Edipo deriva del hecho de que hace intervenir una instancia prohibidora (la prohibición del incesto) que bloquea el acceso a la satisfacción buscada

Además, (...) Freud formula la tesis de que la organización fálica sucumbe a una amenaza de castración (...) Existe una asimetría fundamental entre ambos sexos en cuanto a la relación Edipo-castración. Mientras el complejo de castración del niño aniquila el complejo de Edipo, en la niña lo hace posible y lo inicia. (...) Su libido se desliza hacia una nueva posición, siguiendo la ecuación simbólica falo – niño. Sustituye el deseo del pene por el deseo del niño y con este propósito toma al padre como objeto amoroso. (...) Para Freud, entonces, es la ecuación simbólica la que da a la niña acceso a una posición sexual femenina. La noción de castración otorga al Edipo su dimensión estructural; en este punto encontramos la articulación con la teoría antropológica del papel fundante de la prohibición del incesto.

Pero, (...) Freud no habla estrictamente de la estructuración de hombres y mujeres, sino de la construcción de la feminidad y la masculinidad, afirmando que todos los seres humanos, en virtud de su disposición bisexual (sería más correcto hablar de polimorfismo pulsional infantil) y de las identificaciones cruzadas, combinan en sí características femeninas y masculinas, de modo que “la masculinidad y la feminidad puras siguen siendo construcciones teóricas de contenido incierto”.

Asimismo, es necesario diferenciar algunos términos. (...) Cuando hablamos de mujer, podemos referirnos a tres conceptos: la realidad anatómica del cuerpo femenino, la realidad social (el conjunto de las mujeres) y la mujer como signo, es decir, el cuerpo femenino como significante cuyo significado, en mi opinión no es la realidad física, social o conceptual de la mujer como entidad, sino que remite a la diferencia de los sexos. Sexualidad femenina alude, en cambio, a la posición del sujeto sexuado femenino con respecto al advenimiento de su propio deseo. (...)

Podríamos definir la feminidad como el lugar donde se entrecruza el inconsciente con la cultura. (...) El psicoanálisis estudia el devenir de la feminidad, situando a ésta en la intersección de las exigencias que supone la función sexual de la mujer y las exigencias de la cultura. La mujer, en tanto sujeto humano que asume una posición sexuada y organiza en cuanto tal su deseo, es una realidad que se distingue del individuo anatómicamente mujer.

(...) A través de la concepción del complejo de Edipo (vertiente subjetiva del tabú del incesto estructurante de la cultura) como articulador fundamental

del orden simbólico con la subjetividad, que sólo en él se constituye como tal, Freud se aparta de toda concepción naturalista y esencialista de la diferencia de los sexos. Ni la masculinidad y la feminidad (como caracteres resultantes de la identificación con los ideales socioculturales), ni el deseo sexual, ni la elección de objeto son datos naturales que se puedan deducir directamente de la anatomía, sino el resultado de la estructuración del sujeto sexuado a través de una historia de relaciones intersubjetivas.

(...) No podemos sostener que los conceptos de mujer y de feminidad se refieren a entidades (ya sea naturales o sociales) que tengan alguna existencia real, sino, como dijo Freud, son construcciones teóricas. Se trata de significantes y no de meros ecos de la sexuación biológica o de categorías sociológicas. El concepto de mujer no puede separarse de los símbolos estructurantes de la feminidad; las nociones teóricas y las representaciones de la mujer están constituidas por signos e imágenes culturales (...) El orden simbólico es el que establece la diferencia de los sexos para el ser hablante. Pero esa diferencia simbólica, al ser asumida por un sujeto histórico para quien lo real (su propio cuerpo) es problemático, produce efectos imaginarios, que se traducen tanto en lo que se constituye como identidad femenina, como en las definiciones teóricas de la mujer y la feminidad. Todas las construcciones imaginarias son características de un orden androcéntrico, por lo que toda reflexión sobre la construcción de la feminidad ha de articularse con el malestar en la cultura.

Tanto la masculinidad como la feminidad resultan de una operación simbólica de división que crea lugares vacíos que cada uno puede ocupar y a los que se adscriben caracteres o rasgos contingentes, históricos, en tanto esa marca simbólica, al inscribirse en los cuerpos, produce efectos imaginarios. Sin embargo, tales vacíos no se nos presentan efectivamente como vacíos y su contenido NO es exclusivamente producto de lo imaginario.

En síntesis: el Edipo requiere de dos presupuestos que operan en la constitución de la subjetividad:

- 1. La existencia de sistemas de parentesco que suponen, a su vez, algún tipo de prohibición*
- 2. La existencia de un lenguaje, de un orden simbólico que constituye no sólo la condición y el soporte del narcisismo, sino también la condición de operatividad de los sistemas de parentesco.*

Por otro lado, (...) durante tanto tiempo se ha concebido a la maternidad como una función de carácter instintivo profundamente arraigada en la estructura biológica de la mujer, independientemente de las circunstancias temporales y espaciales en las que tiene lugar, que nos resulta difícil reconocer que, en tanto fenómeno humano, la maternidad es una construcción cultural. El hecho de que la procreación sea un proceso natural puede inducirnos a pensar que al fenómeno fisiológico de la concepción y la gestación “debe” corresponderle el deseo de tener un hijo y determinadas actitudes hacia el mismo. Pero esta identificación de la maternidad social con la reproducción biológica es el producto de un sistema de representaciones, de un orden simbólico que crea una ilusión de naturalidad, obturando el corte radical con su propia naturaleza que la inserción en la cultura instaura en el ser humano. La función biológica de la reproducción adquiere, en el orden simbólico que define a la cultura, un valor significativo que remite a campos semánticos complejos, definidos por articulaciones significantes, y no a un objeto supuestamente natural”. El psicoanálisis ha estudiado de qué manera se estructura la subjetividad femenina centrada en el deseo de hijo, es decir, los procesos psíquicos que se articulan con la construcción simbólica de la mujer como madre. En este sentido, “Lèvi-Strauss asigna a los sistemas de parentesco un estatuto de sistemas simbólicos que operan de manera inconsciente en los sujetos que obedecen a sus leyes.

(...) Freud dice que en algunas mujeres se puede apreciar la “creencia” de que la naturaleza ha dado los hijos a la mujer como compensación por todo lo demás que le ha negado. Es lo que expresan cuando dicen: “lo único bonito que tiene la mujer son los hijos”. Pero debemos precisar que la naturaleza no ha privado de nada a la mujer; es la cultura patriarcal la que la fija en su papel reproductor y le niega toda otra posibilidad de representación. Freud mismo ha observado, al referirse al malestar en la cultura, que la mujer se encuentra situada en el polo pulsional de la cultura que le asigna el cuidado de los hijos y de la familia, y de este modo limita sobremanera sus posibilidades de “sublimación”, condenándola así a la neurosis.

En lo inconsciente, diferentes conceptos (excrementos, regalo, dinero, niño, pene) son tratados como equivalentes o intercambiables, lo que pone de manifiesto el valor simbólico del hijo como objeto de deseo, en tanto resulta de una sucesión de desplazamientos a lo largo de una cadena asociativa. El deseo de hijo, entonces, es el que conduce al deseo de hombre, y no a la inversa.

Además (...) la fase de la vinculación amorosa exclusiva con la madre, dice Freud, es la que resultará decisiva para el futuro de la mujer. En efecto, el hijo aparece para la mujer como la posibilidad de recrear la relación primitiva e intensa que ha tenido con su madre en la primera infancia, como compensación por una pérdida irreparable. (...) Por ello, entre la multiplicidad de componentes que integran el deseo de hijo (...) se encuentra privilegiada la vertiente narcisista (es decir, el deseo de recobrar la unidad imaginaria con la madre en la que, supuestamente, no carecía de nada).

Por último, cuando el niño, a través de la estructuración del complejo de Edipo articulado con el complejo de castración, se ve desalojado de su posición narcisista, establece una diferenciación entre su yo real (...) y su yo ideal (...) La comparación, el reconocimiento de la distancia entre yo real y yo ideal, conduce a la formación de un ideal del yo que el sujeto proyecta ante sí como sustituto del narcisismo perdido. Este nuevo ideal supone un estímulo para la sublimación, proceso que se desarrolla en la libido dirigida a un objeto y consiste en que la pulsión se orienta hacia un fin diferente de la satisfacción sexual. (...) El yo se aleja del narcisismo primario y este alejamiento se produce mediante el desplazamiento de la libido sobre el ideal del yo "impuesto desde el exterior" y la satisfacción se obtiene a través del cumplimiento de tal ideal.

De este modo se articula de configuración del ideal maternal en nuestra cultura con los procesos por los cuales ese ideal es acogido por cada mujer como representación directriz que orienta su deseo a través de su propia constitución como sujeto sexuado".

Quiero terminar esta exposición con estas contundentes y sabias afirmaciones de Silvia Tubert:

"La maternidad supone, como hemos visto, un proceso de sublimación: lejos de ser la realización directa de un instinto biológico es el resultado de una larga y compleja historia, a través de la cual la niña se desprende de la unidad narcisista que formaba con su madre al comienzo de su vida, para reconocerse como sujeto de su propio deseo. El problema radica en que, en una cultura patriarcal, no hay otro ideal para la femineidad fuera de su identificación con la maternidad. La pecadora Eva sólo puede ser redimida por María, símbolo de la maternidad asexualada. (1993,70)

En consecuencia, sería necesario articular representaciones de la femineidad que prescindan del carácter normativo y abstracto de ciertas categorías y, al mismo tiempo, evitar la tesis neutra, universal del "humano genérico" que encubre el androcentrismo. La práctica política

feminista se va perfilando cada vez más como una práctica basada en un sistema de alianzas, en lugar de ser una práctica de la unidad centrada en un interés o identidad compartidos por todas las mujeres. Esta práctica se funda en el reconocimiento de la diversidad y la similitud que se articulan en la perspectiva posicional de las mujeres. Ninguna definición y ninguna solución, pueden ser adecuadas para todas. El proceso permanente de reinterpretación y resignificación del sujeto femenino, en función tanto de la historia como de los proyectos, debe sostener, sin ontologizar, la dimensión de la alteridad, en un triple sentido: la diferencia de los sexos ante todo, pero también la diversidad entre las mujeres y la alteridad instalada en el seno de cada personalidad singular. Esto sería imposible si no pudiéramos tolerar la incertidumbre, el conflicto y la contradicción; de ahí la importancia de retomar la afirmación freudiana: "masculinidad y feminidad son construcciones teóricas de contenido incierto".